

dernillo en el que varias hojas aparecían escritas por el propio Alarcón. Se trataba de un índice de nombres por orden alfabético, con miras al día del santo. Una hoja decía, por ejemplo: «Antonios», Y estaban allí los nombres de los «Antonios» de la época: Ros de Olano, Montpensier, Grilo, Fabié, Cánovas...

El último artículo de Alarcón

Tenía la estancia otra mesa, de vieja traza española, de patas talladas, llena de libros y de álbumes. Sobre ella, un crucifijo y dos quinqués. Entre los libros, uno titulado «Los meses», en el que cada mes del año aparecía comentado por un escritor de aquel tiempo. Alarcón escribió sobre Diciembre. Las cuartillas de este trabajo fueron las últimas que trazó. Campoamor había escrito sobre Enero; Echegaray, sobre Febrero; Núñez de Arce, sobre Marzo; Cánovas, sobre Abril; Castelar, sobre Mayo; Valera, sobre Junio; Trueba, sobre Julio; Pareda, sobre Agosto; Manuel del Palacio, sobre Septiembre; Ferrari, sobre Octubre, y Galdós, sobre Noviembre.

Hizo don Pedro Antonio desfilar por las cuartillas de su trabajo los perfiles, tradicionales o nuevos, que Diciembre ofrecía al espíritu en aquellos días. La letra del escritor era fina, rápida, airosa y segura. Diciembre, con su paisaje nevado, con el refugio de sus fogatas, con su música de villancicos, con la gran alegría humana del día en que nace el Niño Dios. Pero Alarcón no se limitó a esas estampas clásicas del mes que cierra el año. Era hombre de su hora, y sentía agudamente la inquietud estética, política y social del instante que vivía. Y su pluma —la que escribió «El escándalo», «El sombrero de tres picos» y «El capitán veneno»— escapaba del círculo de los bellos tópicos de Diciembre para ser exaltación o condenación de las ideas y las pasiones que el nuevo tiempo traía.

Con los ojos misteriosamente clavados en el porvenir, iba escribiendo don Pedro Antonio aquel artículo que sería el último de su vida. Leído hoy, a distancia de casi ochenta años, tiene un fuerte sentido profético. Aquel día de 1877, don Pedro Antonio escribía: «¿Qué falta para que venzan aquí y allí los enemigos de toda autoridad y de toda ley, que son ya millonadas de hombres, según recientes censos y estadísticas publicados por los periódicos? Pues falta únicamente la *simultaneidad* en el ataque; falta que el virus de la destructora doctrina acabe de trascender a los jornaleros del campo; falta que los soldados de todos los ejércitos del mundo ingresen en las filas con el preconcebido propósito de volver sus armas, en un momento dado, contra todo lo constituido, contra sus jefes, contra los legisladores, contra los gobiernos, contra las personas ricas o meramente acomodadas, y de esta futura *simultaneidad*, aterradora por lo incontrastable, se encargarán los clubs, los periódicos, el telégrafo, todos los elementos y recursos de la propia civilización».

Cuando se acercaba ya al final del artículo, un desvanecimiento le obligó a interrumpir la labor. Se repuso don Pedro Antonio y volvió a las cuartillas, a trazar sus acotaciones últimas a Diciembre. Alarcón, espíritu cristianísimo, hombre cuya apasionada fe le valió ataques y silencios, escribió: «Si no hay más vida que la terrenal, ¿cómo desconocer la justicia con que el desheredado pedirá su cubierto en el banquete de la vida, o procurará acelerar a sus adversarios el día de la muerte?»

Logró acabar el trabajo. Pero ya no escribió más. Un ataque, al día siguiente, fué el primer aldabonazo que la muerte daba a la vida del escritor. Paralítico el lado izquierdo, viva y ágil la inteligencia, veía don Pedro Antonio desde el sillón de su despacho el pasar lento de las horas. Tras los balcones contemplaba, un día y otro, el atardecer, y el tránsito de la luz a la noche ponía en su corazón un latido de presagio.

Llegó la muerte, un ardiente día de verano madrileño. El despacho, después, fué conservado como lo dejó don Pedro Antonio al morir. Así lo vi yo un día. Leí, en un álbum, autógrafos de Zorrilla, de Dumas, de otros escritores. Contemplé una interesantísima colección de retratos pequeños, perfectamente conservados: Eugenia de Montijo, la Duquesa de la Torre, Carolina Coronado, O'Donnell, el marqués de Salamanca, Castelar, don Juan Valera, Fernández y González, el marqués de Molíns. Repartidos por el resto de la estancia, cuadros, fotografías, esculturas, copias fragmentarias de dos lienzos velazqueños, mosaicos granadinos. Todo envejecido, patinado por el fluir de las horas, mudo coro melancólico de las cosas a una vida ya distante y que, sin embargo, parecía palpitar misteriosamente entre aquellos papeles y aquellos muebles de una época hundida en el tiempo.

La casa de Gustavo Adolfo Bécquer.

Otro barrio de Madrid, creado en los mismos días en que Alarcón escribía y luchaba: el de Salamanca. También en él, pese a su modernidad relativa, vibran huellas de figuras literarias que apasionaron y apasionan a las multitudes. He aquí, frente al Retiro, la calle de Claudio Coello. En ella, en el número 23, vivió, en la última parte de su existencia, Gustavo Adolfo Bécquer. Seguramente, ningún poeta del siglo XIX pervive con tanta fuerza en el espíritu de las generaciones posteriores: tanto en los eruditos y los investigadores como en las extensas zonas populares. Así como otros poetas del XIX han pasado y son, en verdad, pura arqueología literaria, motivo simple de erudición y de estudio, tema para aulas y libros, Bécquer continúa siendo ese espejo sentimental en que muchas inquietudes, muchos sueños y muchas melancolías siguen reflejándose. Sus «Rimas» son, hoy como ayer, la letra más adecuada a la recóndita música de almas innumerables. Una placa, es verdad, recuerda hoy en la calle de Claudio Coello que allí vivió y murió Gustavo Adolfo. ¿Basta, sin embargo, eso? ¿No sería bello, como motivo de

íntima peregrinación sentimental, poder contemplar su casa igual que él, aproximadamente, la dejó?

En aquellos últimos días isabelinos, el escritor hace vida de redacción y de Congreso. Va a la tertulia del café Suizo y al Real. Quizás, en ese ritmo exterior de su vida, en esa entrega a muchas cosas que en definitiva —la mayor parte de ellas, al menos—, no le interesan, hay como un desquite, como una compensación a la realidad triste de la existencia íntima de Bécquer. Tiene su casa un espíritu de abandono. Nada está en orden, todo aleja la idea de la ternura y de la felicidad. El escritor casó demasiado joven. Se veía enfermo, solo, y un espejismo, el fácil espejismo de tantas juventudes, le cegó, llevándole al matrimonio. Pronto aquella ilusión se deshizo y quedó, torturándole, la realidad desnuda y amarga de una vida vulgar, a golpes con la necesidad cotidiana, bajo una constante incompreensión hogareña.

La casa no era para él el tibio abrigo contra la inclemencia de la lucha en la calle, el rincón en que se olvidan las deslealtades y las violencias del humano combate. No era esa brasa acogedora en que el espíritu gusta de olvidar y de remansarse, desentendido gozosamente de las mil y una tristezas del mundo. Para Gustavo Adolfo, la casa era la indiferencia, la discusión áspera, el descuido, el grito, la suciedad: todo lo que más podía herir la profunda sensibilidad de sus nervios, tensos, tirantes como cuerdas de violín. Sí, matan materialmente las enfermedades que tienen un nombre concreto, las que están en los tratados de Medicina. Pero matan también, sutilmente, invisiblemente, esas otras dolencias del alma, esa acción constante del espíritu que, estando a nuestro lado, está lejos de nosotros; ese sentirse solo, con la tremenda soledad del alma, que es la peor de todas las soledades.

Este fué el drama íntimo de Bécquer, y allí, en la casa de la calle de Claudio Coello cobró patética realidad el dolor —dolor de abandono y de orfandad— de aquel eterno niño grande. Una tarde de diciembre de 1870 dejó el escritor a sus amigos del café Suizo, despidiéndose hasta el día siguiente: no se encontraba bien, el tiempo era crudo, no quería Gustavo Adolfo salir por la noche. Iba con él Julio Nombela. Cruzaron la calle de Sevilla y por la carrera de San Jerónimo bajaron hacia la Puerta del Sol, donde esperarían, en la parada de los ómnibus, uno que les llevase hasta las proximidades de sus casas, en el barrio recién nacido de Salamanca. Cuando el ómnibus llegó, sólo quedaban asientos libres en la parte exterior del vehículo, en la «Imperial».

Julio Nombela teme que ir allí pueda dañar a Gustavo Adolfo. «Vamos andando —le dice—. Pasaremos menos frío que ahí arriba. Charlando se nos irá el tiempo sin sentir»... Pero a Gustavo Adolfo le cansa caminar a pie, y en lo alto del ómnibus se acomodan los dos, bajo la inclemencia de diciembre.

Apenas hablaron durante el trayecto. El frío les

hizo subir el cuello de los abrigos. Se apearon en la esquina de Jorge Juan y Claudio Coello, y cada uno marchó apresuradamente hacia su casa.

Ya no vuelve a salir a la calle Gustavo Adolfo. En el lecho, el 20 de diciembre, se acuerda de que conserva versos y cartas de una mujer. Teme que, muerto él, puedan ser profanados por la ajena curiosidad. Con él está ese día un fraternal amigo, Augusto Ferrán. Pide a éste que le acerque un paquete de papeles atados con una cinta azul. Saca trabajosamente un brazo de entre las ropas de la cama, y él mismo quema las cartas, los recuerdos. La pasión de un día muere así, entre cenizas, consumida por una bujía que arde sobre la mesilla de noche. «¿Por qué quemas eso?», le pregunta el amigo. La voz de Bécquer es apenas un hilo, un temblor imperceptible. El amigo le oye decir: «Porque sería mi deshonra»...

En los trozos mal quemados, Augusto Ferrán puede leer aún algunas palabras de amor. Pero nunca, después, en respeto a la voluntad de su amigo, dirá cuáles eran esas palabras.

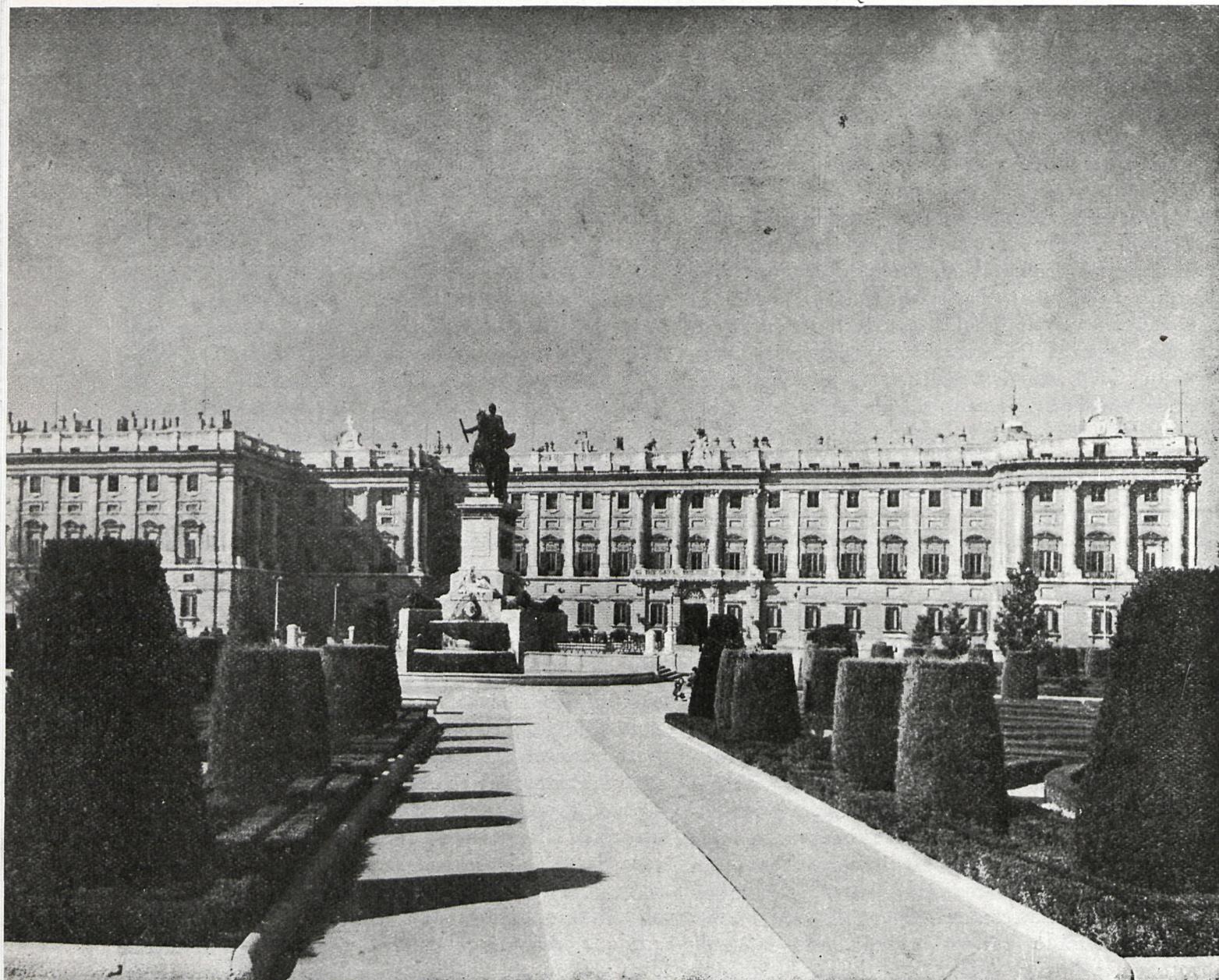
Algunos otros amigos ven a Gustavo Adolfo esos días, umbral ya de la muerte. Uno de ellos, Eusebio Blasco, dirá, andando el tiempo: «...En sus últimos días de la enfermedad fui a ver a mi pobre amigo, y su interior me hizo desear que muriese pronto. Da placer al ánimo y envidia de la vida matrimonial ese hogar pobre y limpio donde compiten en delicadeza los niños y las flores, la alegría de la felicidad íntima e ignorada. Pero la casa descuidada, el cuarto en desorden, la compañera del poeta que no sabe hablaros de nada, el enfermo solo y entregado a la desesperación sorda...» Ante aquel cuadro, Eusebio Blasco dice a otro amigo: «Hace bien en morir, porque su reino no es de este mundo».

Allí murió, dos días más tarde, exactamente en la mañana del 22 de diciembre. Los periódicos apenas dieron cuenta del fallecimiento. La pasión política oscurecía casi todo lo demás. Pocos días después, unos tiros, en la calle del Turco, cortaban la vida de Prim. Y nadie volvió a recordar a Gustavo Adolfo, presente sólo en el recuerdo de unos cuantos amigos que conocieron de cerca su vida triste y su alma sin fortuna.

Escritores de nuestro tiempo

Si continuamos en este literario andar por las calles del barrio de Salamanca, otras casas de escritores nos saldrán al paso. Entre ellas, en los altos de la calle de Velázquez, la de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. Es todo un íntimo museo del Teatro Español en el cruce de los dos siglos. Retratos, caricaturas, autógrafos, dibujos, cuadros evocan lo que fué, en torno a 1900, nuestra escena. Otras casas son, solamente, la vida propia personal. Esta de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero es, además, la vida de toda una época: rostros populares, estrenos famosos, firmas que son ya historia nos hablan allí, en aquellas claras estancias que el





El Palacio Real, visto desde la plaza de Oriente.

fervor familiar continúa teniendo como en los días en que Serafín y Joaquín daban a sus amigos cotidiana lección de gracejo, de bondad y de señorío.

He aquí, ahora, en la calle de Maldonado, la casa en que vivió don Armando Palacio Valdés. Y saliendo del barrio de Salamanca, regresando al centro de la ciudad, en la calle del Barquillo, la última casa que Eduardo Marquina tuvo en Madrid. Gran español y gran catalán a un mismo tiempo, el poeta de «En Flandes se ha puesto el sol» tenía la casa llena de recuerdos de la natal tierra mediterránea. Un escritorio hecho en el Ampurdán. Unas sillas labradas también allí; un Cristo de madera oscura, que recordaba un poco al Cristo sevillano del Cachorro y que fué comprado, por un familiar de Marquina, en Olot. El Cristo, en la pared blanca del despacho, presidía siempre la labor del poeta. En la misma estancia, un paisaje catalán, unos objetos de artesanía de la misma tierra, una rosa de hierro forjado, hecha por un cerrajero de Gracia. Y un cacharro, muy bellamente labrado también, que en Cataluña usa para recoger limosnas la «pabordesa», la mujer encargada

de la guarda y el cuidado de un altar importante en las iglesias. Y todavía, sobre la mesa del comediógrafo, un pequeño candelabro hecho en un cristal que parecía de plata.

—Es también, decía Marquina, mostrándolo orgullosamente— de «allá»...

Y en ese «allá» ponía toda su ternura hacia la tierra que le vió nacer y que fué el escenario de su juventud.

En la provincia: la casa de Ricardo León

Pero no sólo la capital de Madrid guarda esa huella de los escritores en las casas que un día recogieron trabajos y sueños. Más allá de nuestra ciudad, tierra adelante, encontramos también la emoción del recuerdo vinculado a los edificios en que vivieron figuras eminentes de nuestras Letras. He aquí, por ejemplo, Torreledones, y, sobre sus casas de verano, una torre de traza escurialense, oscura: es la casa de Ricardo León. De éste dijo una vez un político y escritor de nuestro tiempo,



La calle de Alcalá, desde la Puerta de la Independencia. (Foto Loygorri.)

jugando con el doble sentido de las palabras, que era «un espíritu constructivo y edificante». Tenía, en efecto, Ricardo León la pasión de construir, de edificar. Adquirió un casa en Santillana del Mar, otra en Alceda, otra en Madrid: un edificio del siglo XVII, en Leganitos, pasada ya la plaza de España. Su casa última fué esta de Torreldones. Nació allí buena parte de su labor, singularmente la que, en el pórtico ya de la Cruzada, denunciaba el mal que sobre España se cernía. En aquella casa vió el escritor el comienzo de la guerra. «En mi hogar —recordó después—, como en todos los hogares de España, apenas se dormía ni se vivía entonces. Recogidos en la oscuridad del trance histórico y de las habitaciones cerradas; en vela al pie de la radio, a la tenue luz de sus ventanitas sonoras, nos apiñábamos por las noches para escuchar,

suspensa el alma en los oídos, las voces de la Cruzada, voces de mando de la historia que parecían surgir del fondo de los siglos.»

Estaba acabando el escritor una novela, «Cristo en los Infiernos», que había empezado ya a imprimirse. «Hubo, al fin —escribió él mismo más tarde— que soltar la pluma. Ya los rojos habían invadido y registrado la Quinta con grande aparato de fusiles y amenazas brutales. Pero aún eran gentes del pueblo, todavía no hechas al crimen. Hasta que empezaron a venir las tribus forasteras, masas de bárbaros que huían de sus cobijos ante las tropas nacionales; hembras greñudas y feroces, que alardeaban de haber dejado al huir, «como regalo a los

facciosos», montones de ruinas y cadáveres. Y vino, por último, la FAI. La de los suburbios de Madrid: la chusma encallecida y tenebrosa de los paseos y las matanzas en la noche. Puesto en las listas negras el nombre del escritor, ya olfateado por la Bestia roja, tuvo que arrancarse del hogar, en pleno agosto de sangre, persuadido por los suyos de que su presencia en la casa era un riesgo inminente para todos. Y se lanzó a Madrid, a la aventura de la ciudad siniestra, toda ya noche, selva oscura, cubil de fieras y de hordas. Y entonces fué el rodar de tumbo en tumbo, al filo de la muerte, ojeado por aquellas jaurías infernales...»

«Cristo en los Infiernos», la empezada novela, fué escondida bajo tierra, en la casona de Torreldones. Cuando, acabada la guerra, el escritor pudo regresar allí, estaba el libro envuelto en una bandera de España, bajo una primaveral luz de renacimiento.

Al sur y al norte de Madrid

No hace falta, dentro de la provincia, ir, para encontrar otras huellas literarias, a los escenarios clásicos de este tipo de evocaciones: a Torrelaguna, donde está el recuerdo de Juan de Mena, o a Buitrage, donde tenemos la sombra del marqués de Santillana. Muy cerca de nosotros hay también otras piedras junto a las que podemos igualmente hallar nombres que son ya historia de nuestras Letras.

A dos pasos, por ejemplo, de Madrid, está la casa que en Valdemoro ocupaba don Pedro Antonio de Alarcón. Escribió allí «El capitán veneno», «La pródiga» y «El niño de la bola». Se entusiasmaba el escritor hablando de la finca. «Tengo muchos árboles —decía—, siendo los más notables un moral de quinientos años, un emparrado magnífico, un gigantesco álamo negro, varias acacias y tres higueras, una de las cuales mide veinte metros de altura. Hay, además: granados, perales, moreras y no recuerdo qué más. Da flores, rosales incomparables, que han surtido a Paulina —la esposa— para todo el mes de María. Un jazmín de cuerpo entero, o sea, de tapia entero; dalías, lilas, adelfas, lirios hermosísimos, malvarrosas, adormideras viudas, ciento cincuenta macetas de plantas exóticas...»

La casa conserva hoy todavía la traza que tenía en los días de don Pedro Antonio, de cuando allí describía él la vehemencia pasional de Curro Vargas, «El niño de la bola», o nos contaba la historia de Julia, «La pródiga». Se encerraba a escribir en un pabellón aislado del resto de la casa. Se conservan aún los granados que él plantó. Y está todavía aquel moral al que el escritor atribuía una antigüedad de quinientos años nada menos. No hay que olvidar que el buen don Pedro Antonio era un andaluz cien por cien.

En la zona norte de Madrid, en el camino hacia el Escorial, se halla, a una treintena de kilómetros, la finca en que ha ido haciendo casi toda la última parte de la obra teatral don Jacinto Benavente. Se llama «El torreón» y está en tierra de Galapa-

gar, frente a Torreldones. Gustaba nuestro don Jacinto de refugiarse allí, en cuanto llegan las primeras molestias del verano, y prolongaba la estancia cuanto le era posible, a veces hasta bien entrado ya el otoño. Entre libros y apuntes, el maestro tenía en «El torreón» lo que casi todos ignoran: su violín de Ingres, su pequeña e íntima ilusión, aparte de la gran pasión de escribir. Nadie sabe en verdad que a don Jacinto le gustaba pintar. En una estancia de la casona de Galapagar, en una estancia abierta a la luz de los primeros peldaños de la Sierra, están sus cuadros: unos cuadros pequeños, paisajes casi siempre —recuerdo ahora, entre ellos, un violento crepúsculo de sangre en el campo—, que el maestro enseñaba gozosamente a los amigos que en el estío le visitan.

Madrid, museo literario

Madrid, en fin, es como un gran museo literario, como un extenso escaparate de bellos y nobles recuerdos, vivos en estas casas en las que crearon, amaron o murieron los escritores. Ciertamente que la vida no es sólo el recuerdo, que la existencia no puede detenerse y que las generaciones caminan de prisa. Pero quizás todo es compatible y cabe alcanzar, entre el culto al ayer y la exigencia de la vida nueva, un punto de equilibrio. Es, en este sentido, emocionante el caso de Alemania ante la casa de Goethe. Los bombardeos destruyeron en gran parte Francfort. Quedó destruída la vivienda del autor de «Fausto». Mas al acabar la guerra, hubo un deseo inmediato de reconstruir la casa sin pérdida de tiempo. Por fortuna, los muebles, los recuerdos habían sido llevados a lugares que se estimó más seguros. Pudo la casa seralzada de nuevo: se disponía de plano, de fotografías, de datos que permitían llevar a cabo de modo perfecto la reedificación. Conseguida ésta, se instalaron de nuevo los muebles —los muebles auténticos, los mismos que Goethe utilizó—. Se puso en el empeño la misma encendida pasión que en reconstruir industrias y talleres. Para Alemania, los versos de Goethe, el recuerdo de su existencia, tenían importancia idéntica a la de las materias primas que eran necesarias a la de la economía que había que restaurar. Fundir una y otra cosa, amar al mismo tiempo la vida y el arte de ayer y el latido de las horas nuevas, es el signo de un gran pueblo.

Hagamos nosotros lo mismo. Encendamos la lámpara de nuestro recuerdo ante esas casas literarias. No dejemos que se pierdan, que las generaciones de mañana nos puedan echar en cara nuestro descuido, como hoy hacemos nosotros con los que dejaron perder tantos hermosos recuerdos de Cervantes, de Lope, de Quevedo o de Calderón. Cultivemos amorosamente esa gran riqueza espiritual de Madrid y su provincia. Si a ello pueden contribuir, aunque sea en parte mínima, estas palabras mías de hoy, tendré con ello una satisfacción profunda. Sé que esas casas, cuanto ellas representan y recuerdan, merecen acentos mejores. Pero recordad, en amparo de mi buen propósito, la frase de de un gran poeta alemán: «Aquel que no tenga metal para fundir una campana, que haga un dedal y lo cuelgue del campanario de la iglesia de Liliput»

Información provincial

Entrega de ayudas económicas a 191 estudiantes

28-12-61. — Se celebró en la Diputación Provincial el reparto de ayudas económicas entre 191 estudiantes necesitados de Madrid y su provincia, por un importe total de 270.000 pesetas. Para títulos fueron 105.000 pesetas; 120.000, para becas de estudios superiores; 75.000, para becas de estudios de enseñanza media; 25.000, para estudios sacerdotales, y 50.000, para estudios de hijos de funcionarios provinciales.

Presidió el acto el Marqués de la Valdavia, el Vicepresidente de la Corporación y Diputado Presidente de la Comisión de Educación, don Eugenio Lostáu Román; los Diputados provinciales don Carlos García Pérez y don José de la Rubia Pacheco; el Delegado provincial de Juventudes de Madrid, don Carlos Bendito; el Secretario accidental de la Diputación, don Juan Luis de Simón Tobalina, y el Jefe de la Sección de Educación, don Jesús Becedas Ortigosa.

El señor Lostáu pronunció unas palabras alusivas al esfuerzo que en el aspecto cultural realiza la Diputación, y por último, el Marqués de la Valdavia saludó a los beneficiarios, excitándoles a superarse en sus estudios.

Clausura del XIV Curso Médicoquirúrgico de Aparato Digestivo

31-11-61. — Ha sido clausurado en Madrid el XIV Curso Médicoquirúrgico de Aparato Digestivo, que se ha desarrollado durante el mes de noviembre con gran concurrencia de cursillistas, muchos de ellos de países hispanoamericanos, como se dió cuenta en la información de la apertura del Curso.

Asistieron al acto el Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia; los directores del Curso, doctores González-Bueno, Mogena y Marina Fiol; los profesores Jiménez Díaz, Gilsanz y Díaz Rubio, y la totalidad de los

médicos participantes en el Curso, así como los jefes clínicos que han desarrollado las clases teóricas y prácticas.

Para celebrar esta clausura, los directores del curso ofrecieron un almuerzo, al final del cual el doctor González-Bueno pronunció unas breves palabras de ofrecimiento del agasajo y de gratitud para todos los que han colaborado, así como de despedida a los cursillistas. Dieron las gracias luego, por las atenciones que se les dispensaron y las enseñanzas recibidas, el Doctor Cristóbal Ruiz Méndez, en nombre de los cursillistas españoles, y el doctor Arturo Jorge Asía, en nombre de los hispanoamericanos.

Actos en el Hospital Provincial de Madrid en memoria del doctor Marañón

27-3-62. — Con motivo del segundo aniversario de la muerte del doctor Marañón, fué oficiada en la capilla del Hospital Provincial una misa.

Presidió el Director general de Sanidad, doctor García Orcoyen, en representación del Ministro de la Gobernación, don Camilo Alonso Vega, acompañado por el Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia.

A continuación, en la biblioteca que el doctor Marañón donó generosamente a la Corporación para uso del personal facultativo del Hospital Provincial, se celebró un breve acto, durante el cual se instaló en aquel local un cuadro al óleo de don Gregorio, obra del artista don Luis Mosquera, y que ha sido costeadado unánime y espontáneamente por todos los miembros del Cuerpo médico de la Beneficencia Provincial. Con este motivo pronunció unas palabras el Decano del Cuerpo, doctor don Carlos González Bueno, quien exaltó los grandes méritos del ilustre médico y su gran labor al frente del Hospital Provincial.

El Marqués de la Valdavia manifestó con cuánta complacencia se había adherido la Diputación madrileña a este homenaje.

Por último el hijo del finado, don Gregorio Marañón Moya, pronunció emocionadas palabras de gratitud.

Fin de Curso en el Colegio de la Paz

Presidió el acto el Marqués de la Valdavia

27-6-62. — Bajo la presidencia del Presidente de la Diputación madrileña, Marqués de la Valdavia, se ha celebrado el fin de curso en el Colegio Provincial de Nuestra Señora de la Paz.

Acompañaban al Marqués de la Valdavia el Diputado Visitador, don Vicente Salgado Blanco; el Director del Colegio, don Urbano Méndez Peral; la Madre Superiora, sor Narcisa Goñi, y altos funcionarios de la Corporación.

Se celebró un gran festival, en el que intervinieron alumnas del Colegio, las cuales hicieron una exhibición de gimnasia educativa y de bailes regionales, actuando, asimismo, la rondalla del Colegio.

Después del reparto de premios, el Marqués de la Valdavia y don Vicente Salgado Blanco pronunciaron unas cariñosas palabras de felicitación y de estímulo para las niñas del Colegio.

Funcionarios de Administración Local visitan al Marqués de la Valdavia

27-6-62.—El Presidente de la Diputación Provincial, Marqués de la Valdavia, recibió ayer en su despacho oficial a los funcionarios de Administración Local que han asistido al Curso de Perfeccionamiento en el Instituto de Estudios de Administración Local y que ha durado dos meses, consagrados al estudio de los distintos problemas de la Administración Local y a las nuevas técnicas administrativas.

Les dió la bienvenida el Marqués de la Valdavia, y en nombre de los cursillistas contestó don Roberto Antonell.